

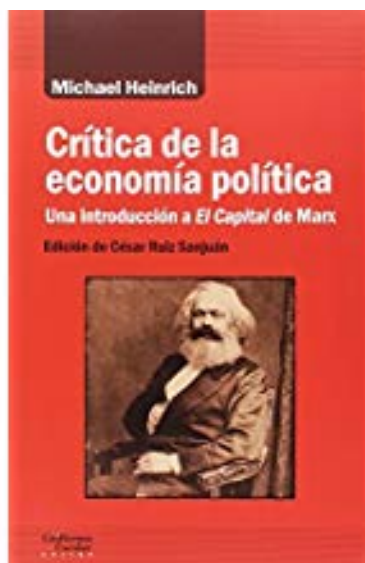
La nueva lectura de Marx de Michael Heinrich (XXVIII)
El potencial destructivo del desarrollo capitalista de la fuerza productiva

Salvador López Arnal

En agosto de 1860 me llevé de nuevo a los niños 14 días a Hastings. Cuando regresé, comencé a copiar el libro que Karl había escrito contra Vogt y compañía. Se imprimió en Londres y se publicó, solo después de muchos problemas, en diciembre de 1860. En aquel momento yo yacía a punto de morir por la viruela, y me acababa de recuperar lo suficiente de una terrible enfermedad para devorar este libro, *Herr Vogt*, con los ojos medio ciegos. Fue una época muy triste. Los tres niños hallaron refugio y hospitalidad con el fiel Liebknecht.
Jenny Marx (1865)

Seguimos en el quinto capítulo del libro: “El proceso de producción capitalista”, pp. 139-173. Seis apartados; estamos en el cuarto de ellos: “El potencial destructivo del desarrollo capitalista de la fuerza productiva”, pp. 156-160.

La cita de Jenny Marx es una excusa para recomendarles un hermoso libro (del que está extraída), magníficamente editado: Jenny Marx, *Breves escenas de una vida agitada*, Santander, El Desvelo Ediciones, 2008 (Prólogo, traducción y notas de Eva Gallud Jurado). Breve pero sustantivo y emocionante. También este artículo de Mario Espinosa Pino: “Jenny Marx.” <https://marioespinozapino.wordpress.com/2019/05/05/jenny-marx-una-vida-agitada-una-vida-invisible/>



El proceso laboral cooperativo requiere coordinación nos recuerda MH. En el proceso de producción capitalista, esta función es ejercida por el capitalista. Su dirección no tiene meramente una función técnica, organizativa, sino que es, al mismo tiempo, organización de la explotación. La función de coordinación está condicionada, pues, por la oposición entre el explotador y los y las explotadas (lucha de clases). En palabras de Marx, la dirección capitalista es “despótica en cuanto a su forma”. En el caso de disponer de un gran número de trabajadores, se requiere (como si estuviéramos en un ejército) de oficiales y suboficiales industriales, de un conjunto de personas que mandan en nombre del capital (con mejores remuneraciones en general).

La forma de la relación de dominio empresarial ha experimentado transformaciones decisivas en el siglo XX. El despotismo capitalista sufrió restricciones, por ejemplo, a través de las regulaciones legales de algunos gobiernos y a través de lo que el autor llama “procesos de negociación sindical”. Lucha de clases, tanto en el primer caso como en el segundo. Dura y trágica lucha de clases conviene añadir.

MH señala que en las últimas décadas, en algunos sectores económicos, el capital ha presentado una tendencia a reforzar la autonomía de los trabajadores (empleados en la traducción castellana) sobre el proceso de trabajo. Con esos cambios no se ha puesto en cuestión el fin de la producción capitalista: la valorización del capital, la producción de plusvalor. Se trata solo y exclusivamente, de formas diferentes de realizar ese fin.

Se ha comprobado, señala MH, que en actividades cualificadas es a menudo más favorable (rentable) motivar a los trabajadores por medio de un mayor grado de autonomía “para que aporten voluntariamente su experiencia y su potencial de rendimiento, que forzarles a ello a través de una presión y un control permanentes”. Nuestro autor comenta que las consecuencias de esta autonomía son generalmente tan destructivas para los trabajadores como las antiguas formas despóticas “solo que ahora la destrucción está organizada por los empleados mismos”. Organizada... o que cuenta con la colaboración, muchas veces forzada, de los propios trabajadores, conviene matizar.

Las tendencias destructivas, prosigue MH, que supone el aumento de la fuerza productiva para la fuerza de trabajo se ponen inmediatamente de manifiesto en la tendencia a la prolongación (y a la flexibilización) del tiempo de trabajo. El aumento de la fuerza productiva conlleva que se puede fabricar la misma cantidad de productos en menos tiempo (la productividad en el lenguaje usual de la economía hegemónica). Pero en las condiciones dominantes ese aumento de la fuerza productiva no se traduce en una reducción del tiempo de trabajo (que sería, de entrada, lo más justo y razonable, señaló Bertrand Russell hace ya muchas décadas).

Para HM, cuando el aumento de la fuerza productiva se alcanza por medio de la introducción de maquinaria, el resultado es más bien una prolongación del tiempo de trabajo; trabajos por turnos, trabajo nocturno, etc. Objetivo: lograr el mayor tiempo posible de funcionamiento de la máquina. Hay varias razones (capitalistas) para ello en su opinión:

1. Mientras que la nueva máquina no se haya extendido en la sociedad, el capitalista que produce con ella obtiene un mayor plusvalor, un plusvalor extra. Cuantos más productos produzca y venda en estas condiciones, mayor acumulación.
2. Si con el tiempo, la implantación de la máquina forma parte de las condiciones medias de producción, sigue siendo ventajoso alargar el tiempo de funcionamiento de esa máquina. Para rentabilizarla más.
3. El tiempo durante el que una máquina puede ser usada lucrativamente no depende solo de su desgaste físico sino también si hay una nueva máquina en el mercado que sea mejor, que permita una mayor productividad.
4. Cuanto más rápido transfiera una máquina su valor a los productos fabricados con ella, tanto menor será el riesgo de que tenga que ser sustituida por una máquina mejor sin que haya transferido ya en ese momento todo su valor.
5. Si la prolongación del tiempo de trabajo choca con determinados límites (a causa de restricciones legales del tiempo de trabajo), el capitalista intentará imponer por lo general una intensificación del trabajo (con una mayor velocidad del funcionamiento de las máquinas, con mayor intensidad del trabajo en las cadenas de producción).

Las experiencias colectivas y personales corroboran estas consideraciones.

Dado que el proceso de producción se ha desprendido de las barreras de la fuerza de trabajo individual y se ha convertido en objeto de investigación científica (es la expresión que usa MH), la moderna industria capitalista nunca considera (cita de Marx) “como definitiva la forma existente de un proceso de producción. Por eso su base técnica es revolucionaria, mientras la de todos los modos de producción anteriores era esencialmente conservadora”.

Así, pues, las bases técnicas de la producción capitalista se renuevan constantemente (se “revolucionan” ininterrumpidamente), la fuerza productiva del trabajo se incrementa sin cesar. Único motivo: aumentar la ganancia. En ese proceso pueden darse inversiones ingentes para construir instalaciones productivas o para adquirir nuevas máquinas. En tanto que esas inversiones sirven para el abaratamiento del producto, se consideran como necesarias. Más plusvalor, más

valorización del capital. En cambio, señala MH, las inversiones necesarias para hacer que las condiciones de trabajo sean más cómodas para los trabajadores, o simplemente para disminuir los riesgos de accidente o los perjuicios para la salud obrera, representan una reducción de ganancia y, por tanto, se tratan de evitar. MH cita de nuevo a Marx:

La economización de medios sociales de producción, madurada primero en el sistema fabril como en un invernadero, se convierte, en manos del capital, en el robo sistemático de las condiciones de vida del trabajador durante el trabajo, en el robo de espacio, de aire, de luz y de los medios personales de protección contra las condiciones nocivas e insalubres del proceso de producción.

Se necesita continuamente de la coacción legal o de la resistencia decidida de los empleados-trabajadores para establecer siquiera las más simples mejoras de las condiciones de trabajo, de manera que, señala nuestro autor, la siguiente observación de Marx es tan actual hace más de un siglo como ahora:

¿Qué podría caracterizar mejor al modo de producción capitalista que la necesidad de someterlo, por medio de leyes coactivas del Estado, a los más elementales mecanismos de higiene y de salubridad?

El único fin de la producción capitalista, insiste de nuevo MH, es la producción continua (y ampliada) de plusvalor. La competencia empresarial obliga a los capitalistas (bajo pena o peligro de sucumbir como tales) a hacer de la caza de un plusvalor cada vez mayor el fin de su acción. Y la naturaleza, punto importante, es también, al igual que la fuerza de trabajo, un simple medio para alcanzar ese fin desde la perspectiva del capital.

Por su lógica interna, el capital es indiferente a la destrucción de los fundamentos naturales de la vida (gases de combustión, aguas residuales, destrucción y contaminación de regiones enteras, los ejemplos que cita MH) del mismo modo que es indiferente a la destrucción de las fuerzas del trabajo. De tal modo que, en opinión del filósofo alemán, “se mantiene y se expande a escala mundial un modo de producción industrial que se basa en la combustión de fuentes de energía fósiles, a pesar de que son previsibles devastaciones ecológicas tanto a nivel local como global a causa del cambio climático”. Elmar Altvater es una de las fuentes (citadas) del autor en este punto.

Para MH, este potencial destructivo del desarrollo capitalista de la fuerza productiva solo puede ser limitado desde fuera, a través de la resistencia de los trabajadores y trabajadoras o por medio del poder del Estado. Si faltan tales barreras o se debilitan, vuelve a aumentar inmediatamente este potencial destructivo, puesto que es inmanente al modo de producción capitalista. Sigue siendo vigente (nueva cita de Marx; ahora uno de sus pasajes más ecologistas -y poco citado durante mucho tiempo- del compañero de Jenny):

La producción capitalista solo desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las fuentes originarias de toda riqueza: la tierra y el trabajador.

MH señala que a la vista de la destrucción de medio ambiente y de los peligros para la salud que se derivan del modo de producción industrial (ejemplo a tener muy en cuenta: la industria criminal del amianto), se discutió en el último tercio del siglo XX acerca de si esta destrucción está inserta en las condiciones materiales de producción industrial o si son las condiciones capitalistas las que provocan ese desastre.

MH señala que no se encuentra en Marx una discusión explícita de esta problemática. Sin embargo, Marx ha insistido que hay que distinguir “entre la mayor productividad que se debe al desarrollo del proceso social de producción y la mayor productividad que se debe a la explotación capitalista”. Por ello se ha afirmado que el revolucionario de Tréveris considera el proceso de producción industrial positivo en sí y que solo critica su envoltura capitalista. Esta era también, en la interpretación de MH, la posición de lo que llama “marxismo-leninismo”. En consecuencia, los métodos de producción capitalistas fueron copiados en parte por la URSS de una manera completamente acrítica. Con resultados desastrosos: social y medioambientalmente.

Para MH, está hoy más claro que en la época de Marx que no todo proceso de producción industrial se puede desacoplar simplemente de su aplicación capitalista para así desplegar, sin más consideraciones, solo sus efectos positivos, beneficiosos. Algunas líneas de desarrollo de la industrialización no solo son destructivas a causa de su aplicación capitalista. Su ejemplo:

Si se utilizara energía atómica en una sociedad socialista, los riesgos serían enormes allí también y la extensa utilización de combustibles fósiles conduciría igualmente a cambio climático. El potencial destructivo del capital no solo se presenta en el *modo de aplicación* de una tecnología, sino ya en la misma *elección* determinadas *vías de desarrollo* técnico-industrial (las cursivas son del autor).

Hasta aquí MH.

Sobre el último desarrollo (punto esencial en el marxismo de nuestros días) puede verse: Manuel Sacristán, “Algunos atisbos político-ecológicos en Marx”. *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, Barcelona, Icaria-Público, 2009, pp. 180-196. También: M. Sacristán y F. Fernández Buey, *Barbarie y resistencias*, Vilassar de Mar, El Viejo Topo, 2019 (edición de S. López Arnal y Jordi Mir García). En el caso de Sacristán, pueden varias también varios escritos recogidos en Seis conferencias, Mataró, El Viejo Topo, 2005 (presentación de Francisco Fernández Buey y Manolo Monereo, edición de S. López Arnal):

Dos textos del traductor de *El Capital* sobre la noción, por él mismo acuñada, de fuerzas productivo-destructivas:

1. Sobre el modelo marxiano (1983)

Creo que el problema de la concepción del papel del desarrollo de las fuerzas productivas en su choque tendencial con las relaciones de producción contiene un conjunto de cuestiones que necesitan una nueva consideración. Entendámonos: yo creo que el modelo marxiano del papel de las fuerzas productivas en el cambio social es correcto; creo que la historia conocida sustancia bien la concepción marxiana; ésta es coherente en el plano teórico y plausible en el histórico empírico. De modo que no creo que sea necesario revisar esas tesis. Tampoco me propongo proceder como hizo Croce a principios de este siglo, practicar una especie de balance según el cual el modelo marxiano ha respondido bien hasta el siglo XX, pero ahora ya no funciona. No: esa distinción entre pasado y presente, además de imprecisa, me parece insuficientemente fundada.

Estaría relativamente justificada una distinción entre pasado y presente que adoptara como línea divisoria precisamente la obra de Marx, es decir, la toma de conciencia potencial, por la clase obrera en concreto y por lo tanto por la especie humana, de la eficacia de esas fuerzas productivas en el cambio social; en la medida en que esa toma de conciencia facilita cierto poder sobre ellas, se podría decir que a partir de Marx la situación cambia, al menos intelectualmente. Pero eso, en mi opinión, no anula la validez del esquema de Marx al respecto. No, la novedad no consiste en que hayamos descubierto que el modelo es falso. El modelo es adecuado. La novedad consiste en que ahora tenemos motivos para sospechar que el cambio social en cuyas puertas estamos no va a ser necesariamente liberador por el mero efecto de la dinámica, que ahora consideramos, de una parte del modelo marxiano. No tenemos ninguna garantía de que la tensión entre las fuerzas productivo-destructivas y las relaciones de producción hoy existentes haya de dar lugar a una perspectiva emancipatoria. También podría ocurrir todo lo contrario...

Ése [la contrautopía de Adrian Berry] es un ejemplo de la situación problemática que plantea hoy para una perspectiva socialista la eficacia de las fuerzas productivo-destructivas en desarrollo. Es evidente que el desarrollo considerado de las fuerzas productivo-destructivas chocaría con las relaciones de producción; pero no en un sentido emancipatorio, sino en el de reclamar otras más tiránicas. Por supuesto que eso no daña para nada a la bondad teórica de las proposiciones de Marx. Pero sí plantea un problema nuevo.

¿En qué plano, pues, se presenta la necesidad de revisar la tradición predominante en el pensamiento socialista? Como ya he dicho, no en el plano teórico. La tensión entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción sigue siendo una constatación realista y de considerable capacidad explicativa de la historia que conocemos, de nuestro presente y de las posibles proyecciones futuras de éste. En este punto es bueno recordar que, al precio de cierta ambigüedad, el esquema marxiano no es determinista. Versiones de tendencia determinista se han presentado sin duda en la obra de ciertos autores, marxistas como Bujárin o más bien antimarxistas, como Loria. Pero ése no es el caso

en las principales tradiciones marxistas. Ahora bien: la plausibilidad del esquema marxiano, por un lado, con su carácter no determinista, y la potencialidad visiblemente ambigua de las fuerzas productivo-destructivas hoy en desarrollo, por otro, sugieren que el plano en el cual hay que practicar una revisión de cierto optimismo progresista de raíz dieciochesca, presente en las tradiciones socialistas, es el plano de la valoración política. El problema es cómo reaccionar políticamente ante la presente tensión entre las fuerzas productivo-destructivas en desarrollo y las relaciones de producción existentes. Y lo principal de la solución que me parece adecuada consiste en alejarse de una respuesta simplista que se base en una confianza inalterada en el sentido emancipatorio del desarrollo de las fuerzas productivo-destructivas. Si se quiere formular esto de forma más filosófica, se podría sugerir que se trata de romper con el resto de hegelianismo que empuja a confiar en las supuestas leyes objetivas del desarrollo histórico. Por el contrario, habría que entender que un programa socialista no requiere hoy (quizá no lo requirió nunca) primordialmente desarrollar las fuerzas productivo-destructivas, sino controlarlas, desarrollarlas o frenarlas selectivamente. Y si se prefiere decir lo mismo de una forma más imaginativa, se podría empezar por señalar que hoy debería estar ya clara la inadecuación, por ingenuidad, de una célebre frase de Lenin según la cual el comunismo son los soviets más la electricidad. No se ve que la célebre presa del Dnieper haya acercado mucho el comunismo. Más bien se puede sospechar que la organización férrea de la sociedad para producir ese tipo de obras ha contribuido considerablemente a destruir los soviets.

(...) Una política socialista respecto de las fuerzas productivo-destructivas contemporáneas tendría que ser bastante compleja y proceder con lo que podríamos llamar “moderación dialéctica” empujando y frenando selectivamente, con los valores socialistas bien presentes en todo momento, de modo que pudiera calcular con precisión los eventuales “costes socialistas” de cada desarrollo. Esa política tendría que estar lo más lejos posible de líneas simplistas aparentemente radicales, tales como la simpleza progresista del desarrollo sin freno y la simpleza romántica del puro y simple bloqueo. La primera línea no ofrece ninguna seguridad socialista, y sí muy alta probabilidad de suicidio. La segunda es, para empezar impracticable...

Es en el orden político donde es necesario extirpar los elementos de progresismo dieciochesco y de objetivismo hegeliano presentes en la herencia de Marx y, a través de Marx, en numerosos marxistas.

2. Una laguna (1983)

Queda la lectura más fiel al sistema de Marx y a su estilo intelectual, la que se orienta por la perspectiva dialéctica articulada por vez primera en el manuscrito de 1857-1858, aunque anticipada en el *Manifiesto Comunista*: la tensión entre la creación y la destrucción, causadas ambas por el desarrollo capitalista de las fuerzas productivo-destructivas, así como la tensión entre las ideologías correspondientes, no puede resolverse más que con el socialismo. En lo que se refiere a las sociedades conocidas, o en la medida en que se niega, la tesis suena realista y los hechos parecen concordar con ella. Pero no da ni una tenue pista para hacerse una idea de por qué y cómo se van a superar esas tensiones en el socialismo. Se puede sospechar que el logicismo de origen hegeliano, "enderezado" y convertido en confianza en las "leyes de la historia" y en la "racionalidad de lo real", es la causa de esa laguna. (Hasta después de muerto Marx no empezará a sospechar Engels, cuando contesta a preocupaciones de Kautsky, que a lo mejor Malthus tenía un poco de razón y sólo entonces deja de confiar en la dialéctica de las leyes históricas y se pone a investigar y argumentar por qué el problema demográfico, "si se presenta", será más fácil de resolver en el socialismo que en el capitalismo).

Referencias: 1. “Entrevista con Manuel Sacristán (*Dialéctica*)” , *Acerca de Manuel Sacristán*, Destino, Barcelona, 1996, pp. 198-205. 2. “¿Qué Marx se leerá en el siglo XXI?”, *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, Barcelona, Icaria, 1987, p. 128.

El siguiente apartado del libro de MH, el quinto, lleva por título: “Subsunción formal y real, fordismo, trabajo productivo e improductivo”.